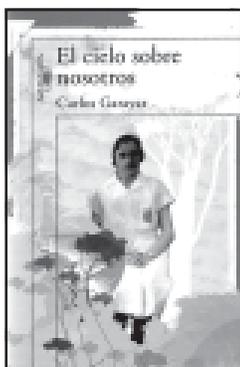


El cielo sobre nosotros, de Carlos Garayar

Sandra Prieto Calderón

Docente

Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central



A la profundidad selvática que todos contenemos, a ese rincón del alma que nunca hacemos planes para visitar, por sus múltiples incomodidades, y al que caemos por accidente en noches insomnes para enfrentarnos a sus terrores, a esa profundidad trasporta la novela de Carlos Garayar.

La invitación nos llega en las segundas, terceras o cuartas líneas: «*Tampoco podía decir si ya entonces percibió la muerte en sus ojos o fue solo más tarde que la vio aletear sobre su palidez mortecina de extranjero*», y aunque son líneas tempranas y se está tiempo de inventar una excusa de última hora, y aunque ya presentimos a dónde nos llevará, resulta imposible decir que no. Ya estás atrapado, no intentas huir, te instalas mansamente y dejas que la maestría de sus letras te hable de esas cosas que nunca pensaste que disfrutaras escuchar (o leer).

Dulcemente, como al oído, múltiples voces de habitantes de un pueblo pequeño en medio de la selva húmeda que compartimos tan geográficamente con Perú, nos cuentan una historia en la que convergen todos los límites: la historia del extranjero que se entrega a su muerte, aquejado por una enfermedad terminal, cruel como todas las de su especie, y la enfermera que decide amarlo, como sólo se puede amar cuando hay esperanzas, y allí no las hay. El amor que se desvela ante nuestros ojos, tan perfecto que alarga una vida condenada, tan doloroso, tan inevitable, es el escenario de un sorpresivo final, que juntos, protagonistas, testigos, y lectores no podrán ya jamás olvidar y tampoco entender. No importan la información y especulaciones de todos quienes hablan, que su propia gestora trate de explicarlo, que nos lo cuenten sin tapujos, que nada se nos oculte, que no haya secretos, volvemos por las páginas ya recorridas, buscando para perder el rastro, porque esa historia es como la selva virgen: una mar verde en el que los que la recorren trazan estelas que desaparecen una vez se caminan, haciendo imposible volver a andarlos. Por eso

ese final es también el principio y el medio y la continuidad. Años después, de la mano de uno que sí vivió largamente, regresamos al pueblo que ya es ciudad, a reconstruirlo con sólo dos de las muchas voces que eran, y comprender sigue siendo el más esquivo de los posibles.

Y como si esto no fuera ya suficiente, tampoco podremos borrarlos de la retina, (así de clara es la focalización visual) el paisaje que rodea al pueblo, al hospital, al camino al cementerio: *«Esa loma es pequeña en comparación con la del cementerio, y por eso mismo más empinada y, cuando ha llovido, resbaladiza y traicionera; después viene otra vez el plano y ahí nomás, a menos de doscientos pasos, empieza la loma del cementerio. Esa parte es deshabitada: entre las dos lomas no hay nada, salvo el tambo de Florencio, porque nadie más se hubiera atrevido a hacer casa en una soledad tan cercana al camposanto»*. Ni borrarlos de la piel el clima que nos acosó durante la lectura: *«La poca humedad que exhalaban las plantas y el suelo, si en la madrugada había llovido, se levantaba como un vaho caliente que permanecía flotando hasta la noche, y aun si se desvanecía ese aire viscoso, uno casi podía agarrar el calor de tan espeso que era...»*, la pegajosa humedad de los días, el insoportable calor de la hora meridiana, la deslumbradora claridad que sólo puede atacar las lluvias y sus oscuros capotes: *«Más que el calor opresivo o los mosquitos o la vegetación, era la lluvia lo que, después de casi años en el pueblo, lo seguía fascinando. Más incluso que el cielo nocturno, negrísimo y casi al alcance de la mano, inundado de estrellas, que lo había deslumbrado la noche de su llegada. Quizás fuese el calor que no dejaba nunca de acosarlo, que lo perseguía dondequiera que se refugiase, que se le metía debajo de las ropas, adhiriéndosele al cuerpo como una miel espesa que lo fermentaba todo...»*; el aire pesado y estancado de las noches, y menos aún la sensación del despiadado ataque de los zancudos y mosquitos, de sus zumbidos (así de claras son las focalizaciones táctiles y auditivas).

O las expresiones que de lapidatorias se hacen verdades reveladas: *«Los hechos podían investigarse y tarde o temprano terminaban conociéndose; los sentimientos en cambio, no sólo eran indescifrables, sino imprevisibles...»*.

En el centro de la profundidad ese tema que las almas sensibles evitan porque es de mal agüero, porque es llamarla: *«Veintiún años de ver morir a la gente. Una termina aprendiendo que eso no es justo. Más allá de de lo que piensen los que mueren. Porque algunos se van sin saberlo, mientras están dormidos, y otros luchan hasta el final y reclaman a gritos. Y también están lo que abandonan pronto la pelea, como si quisieran de una vez sumergirse en la muerte y que se acabara el mundo para ellos. En todos los casos, la muerte es horrenda. O la vida, según se mire»*.

Y si todavía queda el consuelo de vivir en el recuerdo de los otros: *«Matilde, -ahora lo sabe- no es únicamente Matilde. Resulta imposible atesorar el tiempo, y el recuerdo de ella no habría adquirido la significación que tiene si él la hubiese visto aunque fuese una sola vez en todos esos años. Es la*